

Y... ¡ZAS!

por TIP y COLL

Muchos hombres presumen de la fidelidad de su esposa. Un día se presentan en casa de improviso y... ¡zas!

La mayoría de los novios van al matrimonio llenos de ilusión. Pasan unos años y... ¡zas!

Las personas nacen, crecen, se reproducen y... ¡zas!

La conocí el lunes. El martes me invitó a tomar una copa en su apartamento. Y el mismo martes... ¡zas!

Conozco infinidad de chicas honestísimas, pero que a lo mejor se toman una copa y... ¡zas!

Juanita le decía a su novio: «No te preocupes que no hay ningún peligro». El novio de Juanita se confió y... ¡zas!

Los indios americanos vivían tan tranquilos. Llegamos nosotros y... ¡zas!

Y ahora llegan los americanos y... ¡zas!



¡UN FIN DE SEMANA CON RAPHAEL!

Si consigue usted adivinar cuál de estas alianzas es la que utilizó Raphael en su enlace matrimonial con la señorita Natalia Figueroa, podrá usted ganar un bello fin de semana con nuestro famoso cantante, cuando éste haya cumplido los compromisos matrimoniales de su luna de miel. ¡No lo dude! ¡Envíenos la respuesta cuanto antes! Abstenerse caballeros.



VOCACION DE SEÑORA RESPETABLE

Desde muy pequeñita, mientras las demás nenas jugaban con muñecas, Consuelito, que las miraba cejijunta, quería llegar a ser muy pronto una señora respetable. «Abuela —le decía a su mamá—, quiero ser ya mayor y llamarme doña Consuelo y ser una señora respetable. Quiero tener un marido digno y respetado y unos hijos reverenciosos y trabajadores; quiero unas hijas honestas y juiciosas; deseo (y no hace falta decir que ardentemente) tomar estado y formar un hogar ejemplar». Le respondía su madre que aguardara un breve espacio, porque el Supremo Hacedor se encargaría de dar cumplimiento a tan hermosos deseos y le concedería la mano de un prócer que la ampararía bajo su hermoso bigote y daría lustre a su apellido con su leontina de oro. «Pero tiene que parecerse —gruñía Consuelito, sin acabar de conformarse— a Francisco José de Austria o al marqués de la Vega de Armijo, o al general Narváez». Su madre la tranquilizaba: «Sí, nena, sí, Dios es Todopoderoso».

Ansiosa de seriedad y respeto, de prestigio y farde, de brillo social y parroquial, Consuelito fue creciendo. A los quince años recriminaba a las de su edad porque no pensaban más que en poesías y canciones, y enarbolando el bastidor las increpaba: «Bordad vuestro ajuar, mocosas, o no lograréis ventajosos casamientos». Y ellas la miraban atónitas y sobrecogidas. «Mirad, oid lo que aquí dice Fray Luis en su obra imperecedera...».

Y todas emprendían la huida mientras Consuelito leía edificantes párrafos de «La perfecta casada»...

Como era monilla, tuvo pretendientes, pero los fue sacrificando sucesivamente a medida que otro más respetable le eyectaba los tejos. Llegó a su madurez de señora respetable y fue cuando dijo su famosa frase: «¡A la juventud, lo que le hace falta es disciplina!». Nuevos pretendientes afluyeron con pergaminos, títulos, condecoraciones y carrrascas genealógicas. Casó.

Tuvo, como primer fruto de su matrimonio, un nieto que nació con el Bachillerato Elemental y al grito de: «¡Viva Fernando VII y abajo la Constitución!» (parto muy aplaudido por la ultraderecha). Lucía un bigote como el de Emilio Castelar y murió de disgusto cuando Allende ganó las elecciones. Su madre contuvo las lágrimas y tuvo otros nietos que duraron algo más para perpetuar los recios ideales que en los cromosomas maternos les fueron permitidos.

Ella, ya doña Consuelo oficialmente, casó a los treinta y cinco tacos, cuando nadie lo esperaba, porque parecía sana como una manzana. Convulsa, febril, delirante. La sospecha de un envenenamiento llevó a la autopsia, y cuando la abrió el forense, se quedó atónito: «Por dentro, así, a ojo de buen carnícero, tiene unos cuatrocientos años. Es como si Felipe II...».

